

Los niños y los duendes



En un pequeño pueblo chontal había una pequeña familia de artesanos.

Un día, muy temprano, los dos hijos pequeños les dijeron a sus papás que iban a buscar leña en el quintal.

Ellos dijeron que sí pero que tuvieran cuidado con los duendes que allí vivían.

Los niños caminaron y caminaron junto al quintal. Así se llamaba aquel lugar porque había muchos árboles de quinto.

Después que llegaron empezaron a buscar y cortar leña.

Ya como a mediodía habían terminado sus cargas. Los dos contentos se las echaron auestas y tomaron el camino de regreso a casa.

Habían caminado unos cuantos metros cuando empezaron a escuchar silbidos.

Entonces vieron que eran los duendes ya que a las doce del día empezaban sus travesuras.

Ellos aligeraron el paso pero los duendes venían atrás silbando cada vez más fuerte.

Los niños asustados pensaban que si eran alcanzados por los duendes éstos iban a jugar con ellos y luego los perderían en el quintal sin saber el camino de regreso a casa.

De pronto, uno de los niños pensó rápidamente que si hacían flores de guano verde de las que habían a su alrededor y las dejaban en el camino, los duendes las encontrarían poniéndose a jugar y ya no los iban a seguir.

Así, bajaron sus cargas y empezaron a tejer flores muy rápido.

Luego, las dejaron en medio del camino, tomaron sus cargas y, ¡apresuraron sus pasos!

Muy lejos, notaron que ya no se escuchaban los chiflidos de los duendes, ¡solamente el canto de las aves!

Y alegres retomaron el camino a casa y al llegar le contaron a sus padres y se sintieron felices de ser artesanos.

Jesús de La Cruz López